

vergüenzas que la exasperaban durante sus excursiones en busca de una colocación.

Trabajaba casi con desesperación en aquella costura que la convertía casi en máquina, sin preguntarse cuál sería el fin de aquella situación.

Y su triunfante belleza resistía á aquellas continuas fatigas, á las largas vigiliass, pues algunas noches seguía trabajando hasta más de las doce, y después, cuando se acostaba, se quedaba dormida como un plomo sin que los tristes sueños, que antes la desvelaban, vinieran á molestarla.

Estaba tranquila.

No debía nada á nadie.

Los dos mil francos del conde Caylus duraban aun, gracias á los prodigios de economía de la vieja Mónica, que al regatear sobre el precio de los artículos lo hacía como si defendiera la vida de sus señoritas.

Se hubiera dejado matar por cualquiera de las dos.

Quería á Aurora tanto como á Elena, comprendiendo cuanta generosidad, cuanto valor había en aquel corazón tan joven.

Elena dió á luz á fines de enero un niño, para el que la comadrona buscó una nodriza de los alrededores de Dammartin, en Sena y Marne.

A partir de este momento, las dificultades con que luchaba la desgraciada Aurora tomaron mayores proporciones.

Los gastos aumentaron, ensanchando la enorme brecha que en el bolsillo de las pobres jóvenes había abierto el alquiler de enero.

Elena estuvo á la muerte á consecuencia del

parto y quedó imposibilitada para poder trabajar en muchos meses.

El horizonte se oscurecía cada vez más.

Aurora, que habia hecho conocimientos en sus excursiones y habia recibido algunas promesas, esperaba todos los días alguna buena noticia.

Nada llegaba.

La única persona que las ayudaba algo era la señora Lapierre, que seguía dándolas labor, aunque muy poco pagada.

Y volviendo de la calle del Bac fué cuando se encontró frente á frente con el barón Saint-Aubin, que salía del taller de los hermanos Grünbach.

A partir de aquel encuentro, los acontecimientos debían precipitarse.

### XIII

#### Bolsa vacía.

El cuadro era triste.

Cuando Aurora entró en su habitación, convertida en obrador, un mezquino fuego moría por consunción en la gran chimenea.

Elena que estaba sentada en una silla baja y con los brazos cruzados estaba inclinada sobre las rodillas, se volvió hacia la puerta dando un suspiro, al par que decía:

—¡Cuánto has tardado!

La pobre joven no era ni su sombra.

Pálida, delgada, destrozada, llevaba en su rostro las huellas de sus muchos sufrimientos. Aurora dejó el envoltorio que traía debajo

del brazo sobre una mesa, y dijo afectando una resignación que ya no tenía:

—Es que las cosas no marchan bien. Hay novedades en casa de la señora Lapierre.

—¿Cómo?

—La pobre mujer se va á quedar sin trabajo hasta para ella... De modo que tú comprendes... La caridad bien ordenada...

La mirada de la enferma interrogaba á su amiga.

Aurora continuó diciendo:

—Parece que hay competencia... Hacen precios más bajos al almacén... y es claro, que éste les dará la preferencia. Con los precios que tenía no ganaba bastante, con que ahora ya ves... Las desgraciadas se disputan un pedazo de pan negro... La grande y terrible cuestión de las ofertas y la demanda. ¡Todo está en eso!

—¿De modo que?

—Esa buena señora Lapierre se va á ver obligada á poner en la calle á sus costureras... A menos que se decida á aceptar las nuevas condiciones. Esto será después de todo lo mejor que podrá hacer... En cuanto á mí...

Aurora concluyó diciendo entre dientes:

—¡Estoy hasta por encima de la cabeza!

Y cambiando de asunto preguntó:

—¿Almorzamos?

Como para contestar á esta pregunta entró Mónica con una servilleta al brazo.

La extendió en una esquina de la mesa, salió y volvió en seguida llevando una fuente con huevos y patatas cocidas.

Puso dos platos y dos servilletas, un pan de una libra y dijo:

—¡La señorita está servida!

Aurora dirigió una mirada á aquel pobre elmuerzo y murmuró:

—Muy en baja están los fondos. Me parece que el banquete es cada vez más miserable.

Puso la mesa cerca de la silla de su amiga y cambiando de tono, preguntó con su voz ordinaria, dulce y tierna:

—¿Cómo estás? Nada bien ¿eh? Y ni siquiera te he preguntado... Dispénsame: ¡tengo tantas cosas en qué pensar!

—¡Pobre Aurora!

—Y de tu hijo, ¿tienes noticias?

—No, pero las tengo del padre.

—¡Tú!... ¿Cómo?

—Muy sencillamente, mira.

La dió el papel que había servido para envolver las provisiones, y poniendo el dedo sobre el encabezamiento de uno de sus párrafos, dijo:

—Lee aquí.

Era un periódico del día anterior.

Decía lo siguiente:

«El señor Marcelo Danglas, cuya boda con la señorita Marta de Virieux, hija del banquero de Moulins, anunciamos hace algunos meses, y que había sido nombrado juez en el tribunal del Sena, acaba de ascender á juez de instrucción.

»Este nombramiento aparecerá oficialmente hoy.»

—¡De modo que está en París!—dijo Aurora examinando el rostro de su amiga.—¡Y él es quien juzga á los demás!

Elena replicó con viveza:

—¡Qué importa! Te aseguro que no siento por él mas que desprecio.

Y añadió con más viveza aún:

—¡Y por mí misma! ¡Cómo he podido rebajarme tanto!

—Almorcemos—dijo Aurora.—Nuestro menú se enfria.

Afectaba una alegría que había desaparecido desde hacía largo tiempo.

Además, por mucho que fuera su ánimo, no podía menos de afectarla aquella miseria.

Sobre la mesa no había más que una botella de agua.

Lo que ella llamaba el menú, no hubiera bastado al estómago menos exigente.

¡Dos huevos casi sin yema y una media docena de patatas de un tamaño menos que mediano!

—¡Mónica!—dijo.

La auvernesa de la auvernesa se mostró en la puerta que se entreabrió.

—¿Qué es esto?—preguntó con su terrible acento del Cantal.

—Acercaos.

Mónica obedeció.

—¿Qué os queda para almorzar?—preguntó Aurora.

—¿Pero?...

—Responded.

La auvernesa extendió los brazos.

—¿Nada?...—repuso la joven.

Y como la otra se callase:

—Sentaos y coged un cubierto. Partiremos nuestra pobreza. ¡Tal vez esto sea un buen recuerdo para más tarde!

Y ordenó de nuevo:

—¡Vamos, sentaos y comamos!

Fué preciso ceder,

La división de las pobres vituallas se hizo equitativamente.

La recién parida estaba muy débil.

No podía tenerse en pie.

El médico la había prohibido todo movimiento.

Estaba pálida como una muerta, lánguida y sin fuerzas.

Además sufría cruelmente.

Accesos de dolor la torturaban; pero trataba de disimular sus sufrimientos para que no se apercibiese su amiga.

¡No la bastaban á Aurora los suyos! A pesar de su valor, empezaba á sentir el peso de la miseria.

Sus nervios seguían resistiendo.

¡Pero el mal empezaba!

Sus labios palidecían y tomaban una expresión de pesadumbre y de disgusto.

Se veía que la alegría que afectaba, para sostener á sus compañeras, que su confianza en el porvenir, carecían de sinceridad.

Y en efecto, ¿qué más desgarrador que la situación de aquellas dos jóvenes educadas al aire libre de las montañas, con el campo de la esperanza anchamente abierto ante ellas, y prisioneras ahora entre las frías y desnudas paredes de aquella vieja casa? ¡La una deshonrada y enferma, con un niño que sostener y el recuerdo de la horrible escena á que su falta había dado lugar, sin otros recursos que los del impotente trabajo de su amiga!... ¡La otra sin parientes, sin guía, sin protectores, reducida al último extremo, comprendiendo que sería mucho tiempo sola para sostener á las dos mujeres que vivían con ella, y sin sa-

ber ya hacía donde dirigirse, no para implorar un socorro, una caridad que ella no quería, sino para descubrir un medio de salvación y de trabajo que una cruel fatalidad la reclamaba!

Y sin embargo, era preciso vivir ó morir.

Esto último no lo quería ella, menos por las otras que por sí misma.

Toda su juventud se sublevaba contra un fin tal.

¡Dejarse morir tontamente en una ciudad donde millares de seres de como ella se agitaban y salían adelante!

¡Esto no sucedería!

¡Después de todo, había cumplido con su deber! No había retrocedido ante ninguna gestión por humillante que fuese.

Estaba dispuesta á aceptar cualquier trabajo con tal que estuviese en relación con sus fuerzas y su honor de mujer.

¿Qué más se podía exigir de ella?

¿Era culpa suya que las circunstancias se presentasen tan desfavorables?

Estas reflexiones se hacía mientras almorzaba.

Y de pronto, cuando el almuerzo había terminado en el mayor silencio, y Mónica se llevaba la fuente vacía y los platos apenas manchados, se levantó de la silla, y echando sus brazos al cuello de la enferma, la dijo:

—¡Yo no sé por qué, pero tengo ganas de llorar!

Las lágrimas de las dos amigas se mezclaron, y Elena la dijo de nuevo al oído:

—¡Pobre Aurora, ten esperanza!

Ella replicó:

—¡Estoy cansada de esperar en vano!

En esta actitud, y dando rienda suelta á su llanto, continuaron hasta que Aurora, enjugando sus lágrimas, se puso á coser un peñador.

El día se pasó en medio de aquel trabajo absorbente, de aquella sesión de máquina que exigía toda su atención.

Apenas si Elena y su amiga cambiaron algunas palabras.

Sin embargo, Elena dijo á Aurora:

—¿No has oído hablar de Jorge Caylus, tu acreedor?

—No.

—¿No sabes dónde vive?

—Sin duda.

Aurora sonrió con tristeza.

Evidentemente él no sabía donde vivía ella.

De otro modo hubiera ido en seguida á verla.

¡Recordaba sus palabras tan tiernas, sus ofertas, que conocía que salían del corazón, su mirada que imploraba una especie de amistad y tal vez algo más, pero con tanta timidez y reserva!

—¿Sabes—repuso Elena—que haces mal?

—¿En qué?

—En el silencio que guardas con ese joven.

—¡Oh!—dijo Aurora—dispensa, le he escrito.

—¿Cuándo?

—No hace ocho días...

—¿Para decirle?

—Que estoy desolada por no poder devolverle el dinero que me prestó, pero que tal vez llegue un día en que me sea posible...

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON  
 CALLE DE...  
 ANO 1866...

—Ah, bien!

La conversación decayó.

Eran cerca de las ocho.

La noche estaba oscura.

La lámpara de petróleo que había sobre la mesa, alumbraba mal la habitación. Mónica había puesto un poco de fuego en la chimenea, lo que no impedía que las pobres jóvenes temblaran de frío.

En el exterior la temperatura era horrible. El termómetro marcaba tres grados bajo cero.

Mónica entró con la comida, como había entrado algunas horas antes con el almuerzo, y dirigiéndose á Aurora:

—No he hecho más que unas sopas y unas patatas fritas,—dijo.

—Si, sí, está bien—contestó Aurora.—Después de todo, yo no tengo gana. ¿Y tú?—preguntó á Elena,

—Yo tampoco—contestó esta.

En este momento llamaron á la puerta.

Mónica abrió.

Era la vecina y entró.

—¿Ya?—dijo Aurora tratando de sonreír.—¿Y los negocios?

La señora Simonet parecía muy agitada.

—He cerrado el kiosko antes de tiempo porque no podía estar allí. Estaba impaciente.

—¿Por vuestra hija?

—Precisamente.

—¿Está peor?

—No sé lo que va á ser de nosotras. Creo que mañana no voy á poder ir al kiosko. No me atrevo ya á separarme de ella.

Dijo que el estado de su hija era grave; que

estaba tísica y que temía encontrarla muerta el mejor día.

—De modo —añadió,—que venía á pedirnos un favor, señorita Aurora.

—Todo lo que yo pueda.

—Que me reemplacéis mañana.

—¡Yo! Es que no sé...

—La persona á quien recurro, de ordinario está en cama... Todo el mundo está mal con este pícaro tiempo... Y no conozco otra en quien pueda tener confianza.

Aurora objetó:

—Ya comprenderéis, señora Simonet, que yo no desearía otra cosa más que poder servirlos...

—No temáis nada... Es la cosa más sencilla del mundo. Además, yo iré á prepararos todo y deciros lo que tenéis que hacer... Es preciso madrugar... A las seis y media hay que estar allí para recibir los periódicos que van llegando sucesivamente... Esto es penoso en esta estación... En el verano es más fácil... Una vez recibidos los periódicos, se espera á que vayan viniendo los parroquianos. Entonces todo va bien... Se da el periódico que piden, se recogen los céntimos y se guardan. Partiremos la ganancia.

—No, no, eso no...

—Sí, sí... Es preciso que ganéis algo. No sois rica.

—¡Sin duda!...

—¿No marchan bien las cosas?

—¡Oh! no.

—En todo sucede lo mismo.

La señora Simonet añadió:

—Y muy pronto se acabará todo, según pa-

rece. Mi amiga, la señora Lapierre, me ha contado sus penas. Los grandes almacenes quiebran todo para ellos; para los demás nada... En fin, es preciso esperar que eso se arregle. De otro modo quedarían en la calle muchas infelices... De modo que queda convenido. ¿Iréis?...

—Puesto que así lo queréis...

—¡Sí, sí! Sin vos me encontraría en el mayor apuro. ¡Ya veréis! Aparte del frío, el oficio no es enojoso... Estoy segura de que si estuvieseis algún tiempo en mi lugar, hariais buenos conocimientos... Pronto tendríais marido...

No era del todo esta la palabra que la buena mujer tenía en su imaginación; pero no se atrevió á decir la otra.

Había en las facciones de Aurora, en la expresión de su rostro, una pureza tal, un sentimiento de honradez ó más bien de honor, tan marcado, que la vendedora hubiera considerado como una profanación pronunciar la palabra que venía á sus labios.

Estuvo un rato con sus vecinas.

Mónica había quitado la mesa, lo que no era difícil, y se había colocado familiarmente en un rincón de la habitación.

Delante de ella se podían decir las cosas más secretas.

Se hubiera necesitado una bocina para hacerse oír de ella.

Además, no hubiera sido ella quien hubiese hecho traición á sus amas.

Antes se hubiera dejado hacer pedazos.

Elena, agobiada por el cansancio, se durmió en la silla.

Aurora se había puesto á coser.

Se oía el ruido de la máquina, que rodaba sin descanso.

—¿Vais á estar mucho tiempo trabajando? Aurora mostró un montón de tela.

—Hasta que concluya esta tarea— dijo.

—¡Pero, pobre criatura, tenéis hasta mañana por la mañana!

—¡Oh, no!... ¡Hasta las dos, poco más ó menos!

—¡Eso es suicidarse!

—¡No tanto!

—Con esta luz vais á echaros á perder la vista. Francamente, prefiero mi oficio...

E interrumpiéndose añadió:

—Pero, con la conversación descuido á mi pobre hija que tal vez me necesite, y además, no me atrevo á dejarla sola mucho tiempo.

—¿Tan enferma está?

—¡Desgraciadamente!

—¿Qué dice el médico?

—Que necesita aires puros... Que debiera llevarla al Mediodía... Pero, ya sabéis... los pobres no podemos hacer lo que queremos aunque esto sea una gran necesidad.

Se levantó:

—Vamos, ánimo,—dijo.—No veleis hasta tan tarde... Cuento con vos... mañana á las seis y media... No vais á dormir solo dos horas... Mónica cuidará vuestra enferma.

La buena mujer se inclinó hacia Elena, que no se movía, y dirigiéndose á Aurora la dijo en voz baja:

—Tiene muchos disgusto, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y su... amigo, ¿la ha abandonado completamente?

—Eso es casi una dicha para ella. ¡Es un hombre indigno, un miserable!

—¿Rico?

Aurora dijo que sí con la cabeza.

—¡Oh! esos hombres son monstruos—dijo la señora Simonet.—No todos... ¡Pero cuánto canalla he conocido! ¡Buenas noches!

La señora Simonet salió y al ruido que produjo la puerta al cerrarse, se despertó Elena.

—Vete á la cama—la dijo Aurora con cariño.

—¿Y tú?

—Yo, no puedo... Tengo que hacer todavía.

—¿Por qué velas hasta tan tarde?

Aurora dijo con el mayor desaliento estas palabras:

—Muy pronto no habrá en casa ni un céntimo, ni un mueble que vender, ¡nada!

Elena echó los brazos al cuello de Aurora.

—¡Qué buena eres!—murmuró.—¿Pero hallarás la recompensa?

Besó á su amiga en la frente y se dirigió vacilando hacia la cama.

Al día siguiente, después de haber descansado tres horas, se vestía Aurora tomando mil precauciones, á fin de no despertar á sus dos compañeras de desgracia, y se deslizaba hasta la puerta en el momento en que su vecina llamaba despacio y decía.

—¿Estáis dispuesta?... ¿Venís?... Ya es hora.

## XIV

## En funciones.

Las calles estaban casi desiertas.

Un frío penetrante se apoderaba de uno en cuanto se ponía el pie en la calle.

La señora Simonet abrió el kiosko y colocando sobre las correderas, á guisa de mesa, los periódicos que no había vendido el día anterior los fué separando por clases.

Aurora estaba de pié en la acera bajo el mechero de gas que las alumbraba agonizando al ser dominado por la luz del día.

La pobre joven temblaba de frío porque su abrigo no lo era más que en el nombre.

Su pobre vestido negro parecía demasiado ancho para ella.

Hasta entonces no se había apercebido de lo mucho que desde su llegada á París había adelgazado.

Hasta entonces no había tenido tiempo de fijarse en esto.

Sobre todo, desde que la señora Lapierre la habia dado labor, vivia como una máquina de coser, por decirlo así, no teniendo más que una idea, la de quitar de delante obra, á fin de ganar el pan cotidiano de sus compañeras y aumentar la ganancia en algunos céntimos.

Su sombrero negro, como su traje, era muy mezquino; pero ¿qué importaba el sombrero sobre tan magníficos cabellos?

—Hubiérais hecho mejor en poneros una toquilla—observó la señora Simonet.—Hace